

saber qué parte del mundo romano dominaría a la otra, si el Occidente latino amenazado o el Oriente grecorromano. Estaba en cuestión la unidad del *orbis Romanus*.

Concluye ofreciendo, además, una orientación bibliográfica general y un *onomasticon*.

Es un trabajo documentado, denso para el lector, con una buena aportación de datos y con una visión cronológica de los hechos que marcan la línea política, religiosa, civil y social de los años 35 a.C.-235 d.C.

M.<sup>a</sup> JOSÉ LÓPEZ DE AYALA Y GENOVÉS

GARCÍA GUAL, CARLOS, *La Antigüedad novelada*, Barcelona, Anagrama, 1995, 278 pp.

La sección de Novedades de cualquier librería, incluso los puestos callejeros de Prensa, son un testimonio inequívoco de que la Novela histórica vuelve a gozar en los últimos veinte años de un gran atractivo, en paralelo a lo que ya sucedió en el siglo pasado aunque con importantes diferencias de enfoque entre uno y otro momento. En tales circunstancias hay quienes se lamentan del hecho argumentando falta de espíritu creador en los escritores, que prefieren refugiarse en la reconstrucción histórica en lugar de crear nuevos relatos con personajes originales. Pero la verdad

es que el público lector disfruta con estas historias en las que se le presenta a personajes célebres, o simplemente ciertas épocas del pasado, desde una perspectiva que permite la entrada de un plano más intimista y personal, aunque sea ficticio, que el que normalmente nos proporcionan las asépticas descripciones de la investigación histórica. Hay, en definitiva, un regusto por ver de pie y moviéndose todas esas representaciones, plásticas o textuales, que tenemos almacenadas en la memoria de nuestro granero cultural.

Ante un fenómeno tal los estudiosos de la Literatura se han puesto en marcha, deseosos de mensurar la magnitud, características y, en la medida de lo posible, el significado último de los hechos —a título de ejemplo, entre otros, cito el Simposio organizado por José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y Mario García-Page, Profesores todos ellos de la UNED, y que, con el título de *La Novela histórica a finales del siglo XX*, acaba de ser publicado en Visor Libros (Madrid, 1966, 439 pp.)—. Pero la verdad es que todos ellos comienzan, o terminan, aceptando que todavía falta un trabajo que sintetice las características centrales de este subgénero narrativo, y siguen remitiendo al bien conocido libro de G. Lukács, *La novela histórica*, México, Era, 1966 (ed. orig., 1936).

El libro de Carlos García Gual que aquí reseño, es tal vez un modelo de acercamiento al problema. Su tra-

yectoria científica es bien conocida, tanto en su faceta de helenista como en la de estudioso de la Literatura en general. Pero en esta ocasión queda de manifiesto de forma especial su a mi entender mayor cualidad, una exquisita sensibilidad para el hecho literario así como una envidiable maestría para transmitir su entusiasmo por la lectura.

En *La Antigüedad novelada* lleva a cabo el autor un repaso de los principales hitos de la novela histórica sobre griegos y romanos. Y lo hace precisamente de una manera mucho más original de lo que encontramos al uso, motivo tal vez de la gran cantidad de sugerencias nuevas y retoques a postulados clásicos, que ahora se descubren imprecisos. No se esfuerza desde el principio en sacar características generales y válidas que luego podamos encontrar en los textos, sino que sigue un camino aparentemente sencillo: va leyendo con pausa, y siempre con deleite, la progresión diacrónica de este tipo de relatos sobre el Mundo Antiguo, y al paso va destacando los elementos comunes y los específicos de cada época, puesto que también esta variante narrativa está sujeta a los cambios propios del enfoque didáctico o simplemente literario de cada momento.

Este viaje por las historias de griegos y romanos está dividido en cuatro etapas importantes. La primera tiene lugar incluso en la propia Antigüedad, con lo que el autor pone de manifiesto, frente al criterio generalmente aceptado de Lukács, que algu-

nas de las variantes modernas de la novela histórica ya se dieron en el mundo griego antiguo, concretamente el tipo que podríamos definir como «novelas de amor y a venturas, de corte romántico» (*Quéreas y Calíroo* de Caritón de Afrodias, así como otras conservadas sólo fragmentariamente), y el de «biografías novelescas de grandes figuras históricas» (*Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* del Pseudo-Calístenes, o la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato, en paralelo esta última a las biografías modernas de autores literarios igualmente célebres). En tres capítulos sucesivos García Gual, con amenidad y erudición a un tiempo, hace ver cómo en estos relatos antiguos están los componentes básicos de lo que muchos siglos después será denominado «novela histórica».

La segunda etapa se circunscribe a los primeros brotes a lo largo del siglo XVIII, desde el *Telémaco* de Fénélon al *Viajes de Antenor por Grecia y Asia* de Lantier. *Los mártires* de Chateaubriand (1809) es de alguna manera el puente que conduce a la gran eclosión del siglo XIX con Walter Scott.

El período tercero se extiende a todo lo largo del siglo XIX, y aquí el autor pasa revista a un buen manojo de títulos que reproducen oportunamente las variantes, tanto de contenido como de intencionalidad, a que dio lugar esta época, considerada tradicionalmente la edad de oro del género, al tiempo que destaca la evolución interna que fue experimentando. Hay siempre una

cierta nostalgia por el mundo antiguo, y ese sentimiento se plasma en un viaje, viaje éste que en los relatos iniciales corre a cargo del o de los protagonistas, pero que luego se traslada al lector, puesto que el propio relato sugiere a aquél un viaje hacia el pasado. De *Los últimos días de Pompeya* hasta el cinematográfico *Quo vadis?* García Gual nos describe un itinerario de variaciones sobre una misma intención: la recreación melodramática, nostálgica, al tiempo que empeñada en un rigor arqueológico, de la Antigüedad. Y en ningún momento olvida el autor ir dibujando el progresivo telón de fondo: desde una densa intencionalidad didáctico-moralizadora hasta la pura recreación literaria, con la aparición de prototipos como el de la «mujer fatal», en estrecha consonancia con las inquietudes espirituales de cada momento o de cada círculo.

En una cuarta y última parte del libro se pergeñan las directrices generales de la novela histórica de tema antiguo en el siglo XX. Pero el método seguido es siempre el mismo: se describe el cauce de paso a nuestra época, en este caso a través de los llamados dramas de toga y las películas de «peplum»; se precisan las características del nuevo período, que abandona el carácter realista y arqueológico de la centuria pasada; y se destacan los grandes novelistas y sus mejores obras (Robert Graves, Mary Renault, Thornton Wilder, etc.).

Al terminar de leer este libro a uno le quedan claras dos cosas. De un

lado, la amenidad y deleite con que está escrito, hasta el punto de que uno siente deseos de salir inmediatamente a la librería más próxima, dispuesto a engullir todas y cada una de las novelas descritas. De otra parte, la sensación de un paseo sumamente esclarecedor: de la multiplicidad de árboles existentes uno saca una visión clara del bosque. En definitiva, este acercamiento de Carlos García Gual a la novela histórica marca un antes y un después en este subgénero de la narrativa.

JOSÉ MARÍA LUCAS

GARCÍA GUAL, CARLOS, *El Zorro y el Cuervo*. Madrid, Alianza Editorial 1995. 138 pp.

Este nuevo libro de García Gual, editado en la colección de *El Libro de bolsillo* (sec. Humanidades) de Alianza Editorial, es un estudio con un tema —y nadie mejor que el autor mismo para definirlo— «muy concreto, humilde y preciso: rastrear las variaciones y manejos de un breve texto a lo largo de los siglos» (p. 10). Este breve texto es la entrañable y conocida fábula de la astuta zorra y el vanidoso cuervo.

El libro es también breve y de fácil lectura, pero cuando se llega a su final ha aprendido uno tanto que pareciera que ha tenido entre las manos un